

Dulce María y España

AFINALES DEL 92, EN UNA REUNIÓN ÍNTIMA, OCURRIDA EN LA Embajada de España en La Habana, Dulce María Loynaz recibía de manos de Federico Ibáñez, por entonces Director General del Libro, la acreditación del Premio Cervantes de 1992. Tras unas breves palabras del Sr. Embajador, Don Gumersindo Rico, y del propio Director, Dulce María dijo solamente ante la apenas veintena de invitados: “Todo lo que mi vida ha tenido de agradable, ha venido de España”. En esas palabras la Loynaz resumía su media docena larga de viajes a la península, algunos con prolongadas estancias, el hecho de que prácticamente toda su obra se publicara aquí antes que en Cuba, en las décadas del cuarenta y del cincuenta, y, sobre todo, expresaba el gran amor que profesó por el publicista canario Pablo Álvarez de Cañas, su segundo y definitivo esposo, quien fuera a expirar en sus brazos, enfermo de muerte, tras su larga ausencia de Cuba, abandonada a raíz del triunfo de la Revolución.

Ese profundo amor de Dulce María por España en absoluto desdice su más que demostrado amor por Cuba. Primogénita del General del Ejército mambí Enrique Loynaz del Castillo, el amor por su Patria creció al tiempo que se alimentaba en la lectura de los clásicos españoles y en el recuerdo de sus ancestros vascos, de su San Martín de Loynaz, misionero martirizado en el Japón del Siglo XVI. Como Martí, su cubanía nunca entró en conflicto con su españolidad. Una cosa era estar contra el gobierno, muchas veces mal gobierno, de España; otra, muy distinta, estar contra el país que forjó, derramándose en la sangre africana, lo que fue y en buena parte todavía es Cuba. Dulce María nació y vivió, y vivirá, en la “Isla clarísima” y “grácil”, en toda época y momento histórico, en las duras y en las maduras. Léase, si no, su oda “Al Almendares” o su extraordinario poema “Isla mía, ¡qué bella eres y qué dulce!” y se podrá comprender fácil y entrañablemente que Dulce María Loynaz y la isla bonita, “la novia de Colón”, son una misma cosa.

De todas las grandes poetas que ha dado América a nuestro siglo, Dulce María Loynaz es tal vez la más difícil y posiblemente la más profunda. No resulta extraño que entre los poetas que se han expresado en la misma lengua, patria común del espíritu, se quede con Antonio Machado. Como él, su aparente sencillez esconde las más sutiles honduras. Quizá sea ésa la razón del supino despiste de muchos plumíferos más o menos oficiales al rasgarse las vestiduras cuando el jurado del Premio Cervantes decidió, tras difícil acuerdo, otorgar el máximo galardón de las letras hispanoamericanas a quien era, para ellos, poco más que una muerta en vida. Como a veces sí que existe la justicia poética, en los dos años siguientes se concedería el Cervantes a las candidaturas que competían entre sí en el 92, a Miguel Delibes y a Mario Vargas Llosa. Pero el Cervantes del 1992, algo más que un Cervantes, sería, justamente, para la Loynaz.

España siempre ha estado presente en la obra de Dulce María. Su obra preferida es *Un verano en Tenerife*, editada en España, curiosa coincidencia, en 1959, producto del amor a un hombre y a su tierra: Álvarez de Cañas y las Islas Canarias. “Yo creo que por primera vez pisé bien firme” declaraba a Pedro Simón en su imprescindible *Valoración múltiple*. “Hasta entonces andaba un poco por las nubes, por el aire. Los demás libros los he sacado de la imaginación. Éste lo he sacado de la vida.” No se trata de un dato anecdótico. En esas islas, que no se parecen a nada, arrobada ante un paisaje que combina sabiamente dureza y suavidad, encuentra Dulce María la síntesis entre su propia insularidad y las viejas raíces peninsulares.

El sol español, “abuelo desvaído del sol cubano”, también ha acariciado el serio y suave espíritu de Dulce María Loynaz. En sus largas estancias en Castilla, en Andalucía, en la Guipúzcoa de sus orígenes, gozó de “esa alegría de vivir” que incluso en la mismísima posguerra siempre caracterizó a nuestro pueblo. “Yo no he visto aquí caras agrías ni lamentos trasnochados. He visto trabajar a la gente, la he visto convivir y abordar con valentía el tranvía repleto o la nueva dificultad cotidiana y hasta llenar los teatros con su presencia y con su espíritu.” Son palabras de Dulce María hablando de los españoles a finales de la durísima década del cuarenta, en una de las magníficas entregas de *Impresiones de un cronista* que publicara el diario cubano *El País* a lo largo del año 47.

En otra de estas crónicas, firmadas por su esposo y escritas por ella, nos dice en la misma línea de la frontera hispano-francesa: “España está ahí enfrente con su sol, con su idioma que va a sabernos a pulpa de fruta entre los labios, con sus misterios y su revelación.” Como sus padres del 98, de todos los paisajes peninsulares, Dulce María prefiere el de Castilla, y más concretamente encuentra en el de Segovia la quintaesencia de su hálito poético.

En el año 34 escribe desde la isla a su amiga Ofelia Rodríguez Acosta, cubana que está viviendo en España: “Si no ha ido a Segovia, no conoce Vd. a España todavía. Taciturno es Bilbao, con su cielo oscuro y su mar áspero; lánguida es Córdoba, musulmana, tendida junto al río; a naranjas huele Valencia, inmensa huerta oreada por la brisa marina; se enciende y resquebraja la llanura

castellana reseca, huesuda, oxidada de hierro; pero Segovia es todo esto y es humilde y callada.” Y, en carta anterior a la misma corresponsal, insiste: “Segovia es uno de mis más puros recuerdos. Vaya a amarla por mí y diga en alta voz mi nombre en la soledad de la plazoleta de San Esteban. Dígalo allí donde duerme el eco de otra vida y también en la alameda de chopos que circunda al río. Reconózcame en una de esas monjas que lavan la ropa allá abajo, cantando; más nada quisiera ser, más nada que un canto sobre un río.”

